

LOGRI

ES HORA DE ABRIR LOS OJOS

Un libro sincero sobre la vida,
el dinero, las pérdidas, la madurez
y un nuevo comienzo



Alexey Logri

Muestra del libro

Alexey Logri

Es hora de abrir los ojos

Esta muestra incluye la sinopsis, la introducción, el prólogo y el primer capítulo completo. Al final encontrarás información sobre el autor y un enlace para seguir leyendo.

La numeración corresponde a la edición completa. El libro digital contiene 24 capítulos, un epílogo, unas palabras finales y preguntas para la reflexión personal.

© Alexey Logri, 2026

Aviso al lector

Este libro se basa en la experiencia personal del autor, en sus observaciones, decisiones, errores y conclusiones. No constituye asesoramiento financiero, de inversión, jurídico, médico ni psicológico.

El lector toma por su cuenta cualquier decisión relacionada con el dinero, los negocios, su carrera profesional, sus relaciones, su salud y su estilo de vida, y asume personalmente la responsabilidad por ella. Las cantidades y los resultados mencionados describen experiencias pasadas del autor y no suponen ninguna promesa de ingresos futuros.

Los nombres de empresas, proyectos, instrumentos financieros, películas y fenómenos de la vida pública se utilizan únicamente como elementos del contexto personal y del relato del autor.

Sinopsis

Construir una carrera durante veinte años, dejarla para montar un negocio propio, quedarse sin los ingresos de siempre y, pasados los cuarenta, aprender un trabajo del que antes apenas se sabía nada. Alexey Logri recorrió ese camino, ganó mucho dinero y vivió dos veces la experiencia de quedarse a cero económicamente.

En Es hora de abrir los ojos vuelve sobre las decisiones que lo llevaron a esos cambios de rumbo. Una infancia pobre, las ideas heredadas de sus padres, el trabajo por cuenta ajena, una cafetería propia, los ingresos por internet y las criptomonedas conforman la historia de un hombre que poco a poco aprende a elegir su vida y a responder por las consecuencias.

El dinero en abundancia le permitió cumplir deseos de hacía mucho tiempo, pero con él llegaron la codicia, la euforia y la certeza de que el crecimiento continuaría. Después de las pérdidas tuvo que volver a examinar qué le quedaba a su familia, qué decisiones debía cambiar ya y en qué podía apoyarse cuando habían desaparecido los ingresos habituales.

Este libro está dirigido a quienes se han cansado de vivir en piloto automático, tienen miedo de empezar de nuevo o intentan levantarse después de un error propio. La experiencia ajena se convierte en una ocasión para hacerse una pregunta incómoda: ¿qué parte de mi vida sigo dejando para después y qué puedo hacer ya mismo?

Antes de empezar

Este libro está basado en hechos reales. Conserva la cronología, las escenas personales, las decisiones financieras y las consecuencias sin las cuales la historia se habría convertido en una colección de consignas bienintencionadas. Algunos episodios se han reunido para facilitar la comprensión, pero no se ha alterado el sentido de lo ocurrido.

Aquí no se promete que todo vaya a resultar fácil después de la última página. Se ofrece otra cosa: la posibilidad de reconocer antes tu propia jaula, de no entregar la vida que te queda a los viejos errores y de dar un paso honesto.

Prólogo. ¿Y si esta no es tu vida?



Puedes vivir muchos años sin preguntarte de verdad ni una sola vez: ¿quién dirige mi vida?

No mi horario de trabajo. Ni el saldo de mi tarjeta. Ni la lista de tareas de la semana. Hablo de la vida misma: de lo que consideras posible, de lo que temes, de lo que dejas para después, de eso que llamas sentido común aunque quizá sea un viejo miedo al que hace tiempo decidiste creer.

Solemos pensar que la jaula en la que vive una persona se ha construido fuera de ella. La han construido los padres, la escuela, el Estado, los jefes, el dinero, la edad, las circunstancias, la guerra, las crisis, las decisiones ajenas. Y en todo eso hay una parte de verdad. Pero también hay otra parte, más desagradable. La jaula más resistente está dentro de la persona, no a su alrededor.

Seguramente has visto las películas de Matrix. Has visto historias en las que alguien descubre de pronto que la realidad que creía única era un programa. Vimos la película del día de la marmota y reconocimos en ella algo divertido, extraño, casi fantástico: una persona que se despierta una y otra vez en el mismo día. Pero pocos se hacen una pregunta sencilla

después de ver esas películas: ¿y si mi matrix no está fuera? ¿Y si nadie la ha creado contra mí? ¿Y si he sido yo quien, durante años, la ha ido escribiendo dentro de mi cabeza?

Cada persona tiene su propia matrix. Habla con las voces de sus seres queridos y conocidos: tu madre te pide que no llames la atención; tu padre dice que no se puede ganar mucho dinero honradamente; un vecino pregunta: «¿Dónde te estás metiendo?». Un compañero añade: «Eso desde luego no es para nosotros», y el jefe te recuerda: «Da gracias de tener trabajo». Con el tiempo, esas voces se funden con tu propio miedo: ya es tarde, harás el ridículo, de todos modos no saldrá bien.

Al principio, esas voces pertenecen a otros. Después te acostumbras a ellas. Luego empiezas a repetirlas tú mismo. Y llega un momento en que ya es imposible distinguir dónde terminaron las palabras ajenas y dónde comenzaron tus propias convicciones.

Así se crea el programa interior. Te dice cuánto puedes ganar. Qué coche tienes derecho a conducir. Dónde puedes pasar las vacaciones. Qué casa «no es para ti». Qué personas están «por encima» de ti, qué sueños son demasiado atrevidos y qué vida se considera normal. Y lo más peligroso de ese programa es que casi siempre parece sensato.

Imagina una mañana cualquiera: el teléfono en la mano, el café frío, el ruido de una tetera por algún lado y tu hijo preparándose para ir a la escuela. En el chat del trabajo ya hay alguien exigiendo algo. Por tu cabeza pasa el pensamiento de siempre: otra vez el día de la marmota.

Y, al parecer, todo está bien. Todo el mundo vive así. Trabajo, facturas, atascos, noticias, cansancio, compras, conversaciones sobre lo difíciles que están las cosas, sobre que nada es tan sencillo, que hay que aguantar, que a los demás tampoco les va de maravilla. Y luego vuelve a ser lunes, pasa otro mes y pasa otro año.

Hasta que un día tienes cuarenta años. O cuarenta y cinco. O cincuenta. Y de pronto sientes que hubo años, ocupaciones, responsabilidades, pero que, por alguna razón, dentro de ti no existe la sensación clara de haber vivido realmente tu propia vida. Te movías, sí, pero no siempre sabías hacia dónde. Elegías, sí, pero a menudo entre las opciones que otros ya te habían permitido considerar posibles.

Este libro comienza con una pregunta que durante mucho tiempo me irritó y me asustó a mí mismo: ¿y si la vida que llamas tuya está hecha de miedos ajenos que has tomado por tu propia verdad?

No conozco esa sensación por los libros. La he vivido. Durante veinte años construí una carrera: asesor de ventas, responsable de equipo, director, director comercial, director de desarrollo, director general. Era alguien que, al parecer, lo hacía todo bien. Trabajaba, ascendía, asumía responsabilidades, demostraba lo que valía, cargaba con todo, ponía proyectos en marcha y dirigía. Desde fuera podía parecer una vida adulta normal. Incluso una vida de éxito.

Pero por dentro cada vez se oía más otra pregunta: ¿esto es realmente lo mío?

Después dejé el trabajo por cuenta ajena y abrí una pequeña cafetería. En aquel proyecto propio había mucho miedo, esperanza y la sensación de estar haciendo por fin algo por decisión mía. Pero un día la puerta se cerró y los ingresos se quedaron en cero. Todas las reflexiones sobre la independencia se redujeron a una pregunta concreta: ¿con qué voy a pagar lo que viene?

Tenía deudas, esposa, una hija, facturas de servicios y gastos escolares. Tenía que responder por todo ello incluso cuando no tenía la menor idea de cómo salir adelante. Recuerdo muy bien aquella sensación: por fuera aún te mantienes en pie; por dentro ya no sabes adónde ir.

Pocos meses después de aquella etapa en la que no sabía cómo pagar las facturas de servicios, mis ingresos alcanzaron por primera vez los treinta mil dólares en un mes. Antes, una cifra así pertenecía a la vida de otros; ahora había aparecido en la mía.

No me convertí en otra persona de un día para otro. Empecé a aprender un oficio nuevo, a probar, a equivocarme y a repetir acciones sencillas. Poco a poco, aquellas acciones me llevaron a una cifra que antes me daba miedo imaginar como propia.

Recuerdo aquella explosión interior: ¿cómo es posible? Hacía nada me preguntaba de dónde sacar dinero para los gastos corrientes, y ahora tenía delante una cantidad que antes solo podía imaginar en la vida de otros. No conseguía acostumbrarme de inmediato a que fuera mía.

En esos momentos no cambia la realidad. Cambia tu manera de percibirla. De pronto ves que muchas de las paredes ante las que llevabas años detenido no eran de hormigón. Estaban hechas de creencias. De costumbres, de frases ajenas, de experiencias pasadas y del miedo a hacer el ridículo.

En enero de 2021, creo que hacia finales de mes, volé a la República Dominicana con un equipo de gente del mundo de las criptomonedas. Íbamos por un mes, a descansar y trabajar. Durante el viaje nos alojamos, si no recuerdo mal, en cuatro hoteles distintos. Mi familia se quedó en Ucrania: enero, invierno, frío. Y alrededor de mi esposa aparecieron personas que le decían: «Ya está, se va para largo. No volverás a verlo. ¿Para qué te necesita?». Yo me iba un mes y a ella ya le explicaban que su marido no iba a volver.

Antes de salir, mi esposa y yo habíamos ido a un recinto de venta de coches en Járkiv a ver un Lexus RX 350 de 2007. El coche ya tenía sus años, pero nos gustaba. Hacía mucho que no teníamos coche propio, e incluso aquel Lexus era una compra importante para nosotros. Quedamos en que, a mi regreso, iríamos a verlo otra vez y quizá lo compraríamos.

Más o menos por entonces hablé con los vendedores de otra opción. Calculaba que volvería a finales de febrero o principios de marzo, y pensé que podía llegar a tiempo para el 8 de marzo. Quería que me buscaran un coche en Kyiv, que me recogieran en Boryspil, me ayudaran con los trámites y que yo volviera ya en él a casa, a Járkiv. Iba a ser un regalo para mi esposa. Había soportado nuestras limitaciones durante mucho tiempo. Quería darle un regalo que la dejara con la boca abierta, porque se lo merecía.

En la República Dominicana seguí trabajando. En un mes, sumando todos los proyectos y las distintas actividades, conseguí unos cuarenta mil dólares. Cuando fui consciente de ello, di luz verde a los vendedores: vamos a mirar el siguiente modelo de carrocería. Pensaba en coches de alrededor de 2012 o 2014 y, por primera vez, me decía con tranquilidad: puedo permitírmelo. Queríamos un Lexus, precisamente un Lexus. Para nosotros representaba el lujo, la posibilidad de demostrarles a todos que lo habíamos logrado. Aunque fuera viejo, pero un Lexus.

Hablábamos desde la República Dominicana, comentábamos todo por teléfono y ellos me enviaban opciones. Después me escribieron que, si añadía unos cinco mil dólares a la cantidad que tenía prevista inicialmente, ya podíamos mirar una carrocería aún más reciente: el RX 350 de 2017. Aquel de las formas angulosas, el de cuarta generación. Me quedé alucinado: ¿de verdad podía permitirme un coche así? Y acepté.

Encontraron un Lexus RX 350 de color rojo burdeos, ese tono característico que tanto me gustaba. A la vista, el coche era una maravilla.

Transferí por adelantado una señal a unas personas a las que apenas conocía. Acordamos que, después de mi llegada, haríamos todos los trámites en un día y me marcharía ese mismo día. Cuando salí de la República Dominicana, ya sabía que en Kyiv iba a comprar precisamente aquel coche.

Pero surgió un problema con el regreso. Por lo que recuerdo, había alguna huelga de Air France y no conseguíamos salir de la República Dominicana. Mi operador turístico pudo encontrarme un billete. Éramos casi cuarenta personas y fui el primero en salir. Los demás salieron unos dos días después, otros tres: no todos los agentes de sus operadores turísticos pudieron resolverles el problema de inmediato. A mí sí me lo resolvieron.

Al facturar me ofrecieron pasar de clase económica a clase ejecutiva por trescientos cincuenta dólares. Acepté y pagué el cambio con tarjeta. Fue mi primer vuelo en clase ejecutiva: filetes preparados por un chef, vino tinto chileno servido en copas. Yo iba sentado, disfrutándolo a fondo. Todo aquel lujo era completamente nuevo para mí.

Desde la República Dominicana volé a Fráncfort. Para el siguiente avión faltaban, probablemente, ocho o diez horas. Alquilé una habitación diminuta en el propio aeropuerto: unos tres metros cuadrados, una cama y una ducha, nada más. Dormí unas cinco horas. Por aquella pequeña habitación pagué lo mismo que por pasar de clase económica a ejecutiva. Ahí fue cuando más noté lo buena que había sido la oferta al facturar.

Llegué a Kyiv alrededor de las dos de la madrugada. Naturalmente, a esas horas nadie me esperaba. Encontré un hotel cápsula, y conseguir alojarme allí de noche fue toda una aventura. Pasé la noche y por la mañana vino a buscarme el agente. Me recogió en coche y fuimos a una casa de cambio. Allí cambié las criptomonedas por efectivo. Todo estaba en grivnas, así que el dinero llenó una mochila entera. No era el precio completo del coche. Lo compraba a crédito: la entrada suponía aproximadamente el treinta por ciento del precio, y además estaban los trámites, el seguro y otros gastos. En aquel momento, la rentabilidad anual de los instrumentos en criptomonedas era aproximadamente dos veces y media el tipo de interés anual del préstamo. Además, mis ingresos eran en criptomonedas y dólares, mientras que el préstamo estaba en grivnas. Entonces me parecía sensato dar una entrada importante y dejar que el resto del dinero siguiera trabajando.

Con aquella mochila fuimos a hacer el cambio de titularidad. Allí vi el coche en persona por primera vez. Todavía no había entregado la entrada y ya lo estaban poniendo a mi nombre. Me senté dentro y no podía creer que fuera mi coche. No me fijaba en ningún detalle que pudiera fallar: me gustaba todo, lo quería. Después de los trámites me puse al volante y salí de Kyiv, creo que alrededor de las tres de la tarde.

Conducía hacia Járkiv en mi Lexus y gritaba. Gritaba de verdad, porque no me creía que aquel coche fuera mío. Hacía poco habíamos pasado mucho tiempo sin coche alguno; después habíamos mirado el RX de 2007 y pensado: quizá lo compremos. Y ahora volvía a casa en un Lexus rojo burdeos de 2017 que hasta entonces solo había visto en fotografías. Durante todo el trayecto no conseguía creer que aquello me estuviera pasando a mí. No llegué a tiempo para el 8 de marzo: todavía estaba de viaje. Mi esposa recibió el coche el 10 de marzo de 2021.

Después llegó mucho dinero. Después llegaron las pérdidas. Después volví a ganar más, más deprisa, con más confianza. Y después volví a perder. Hubo momentos en que me sentí alguien que lo había conseguido. Y hubo momentos en que parecía haberme quedado otra vez con las manos vacías, sin saber cómo explicarme a mí mismo ni a mi familia lo que había pasado.

Y, aun así, puedo hablar con honestidad.

Escribo sobre el camino de una persona real: cómo creció con las creencias de siempre, construyó una carrera, dejó su empleo para montar un negocio, empezó de nuevo pasados los cuarenta y entró en un sector del que apenas sabía nada; cómo ganó un dinero para el que no estaba preparado, lo perdió y volvió a levantarse. En ese camino tuve que comprender que el dinero, por sí solo, no te salva si por dentro no tienes un sistema.

No te prometo que después de leer este libro serás más rico. Ni siquiera te prometo que serás más inteligente. La experiencia ajena, por sí sola, no salva a nadie. Pero puedo ofrecerte lo esencial de mi recorrido. No una motivación bonita, sino la experiencia en carne viva: dónde se limita uno a sí mismo, dónde confunde el miedo con la razón, dónde toma una jaula ajena por una elección propia, dónde empieza a ver más posibilidades pero aún no ha tenido tiempo de prepararse por dentro para ellas.

Quizá sea precisamente ahí donde esté la puerta.

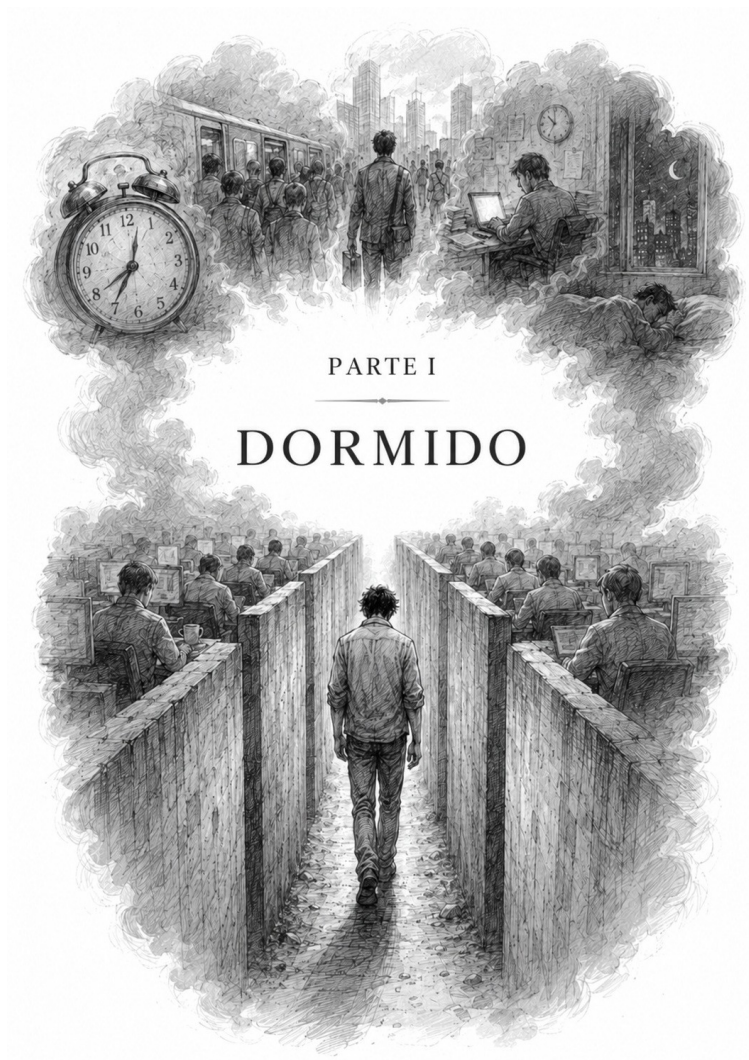
Y antes de pasar al primer capítulo quiero dejarte una pregunta. No una pregunta bonita, motivadora ni filosófica para cumplir con el trámite. Una pregunta que puede ser el comienzo de un movimiento interior.

¿Y si esta no es en absoluto tu vida?

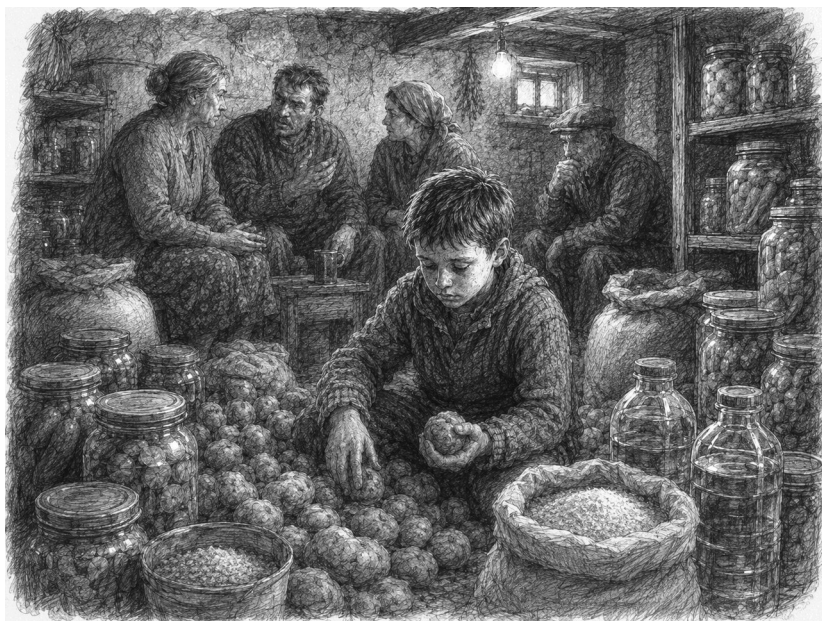
Llevas demasiado tiempo viviendo según un programa que nunca elegiste de verdad.

Si esta pregunta te ha tocado, sigamos. Primero, hacia el lugar donde suele construirse la primera jaula: la infancia, las frases de la familia, el cuidado que, sin darnos cuenta, se transforma en prohibición.

PARTE I. DORMIDO



Capítulo 1. La mentira más cara de nuestra vida



La mentira más cara no llega como un engaño. Llega como cuidado, como consejo, como sabiduría familiar, como una frase prudente de un adulto. Y si un niño cree en ella durante suficiente tiempo, deja de ser una opinión ajena y se convierte en su techo interior.

Si me pidieran que nombrara la cosa que mejor describe mi infancia, recordaría la despensa subterránea. Para alguien que creció en la Ucrania de finales de los ochenta y principios de los noventa, era la caja fuerte de la familia. En lugar de dinero, contenía patatas, frascos de conservas, coles, remolachas, zanahorias, cebollas, azúcar, cereales y aceite de girasol. Si estaba llena, se podía afrontar el invierno con relativa tranquilidad. Si estaba vacía, había que pensar con qué alimentar a la familia si al día siguiente volvían a retrasar los sueldos, desaparecían los alimentos de las tiendas o subían tanto los precios que los cálculos de ayer se convertían en papel mojado.

El otoño no era entonces una época de fotos bonitas entre hojas amarillas y cafés en vasos de cartón. El otoño era un gran proyecto familiar

de preparación para sobrevivir. Los adultos decidían cuántas patatas había que almacenar para el invierno, cuántos frascos de conservas preparar, si habría suficiente col para fermentar, dónde conseguir aceite decente y a quién comprar azúcar a un precio que no fuera abusivo. La casa de campo con su huerto era una prolongación de la economía familiar, no un lugar de descanso. No se iba allí a relajarse, sino a cavar, plantar, regar, recoger, cargar sacos y calcular la futura cosecha antes incluso de que existiera. Hoy se podría llamar a esto una anécdota doméstica, pero en aquella época esas historias domésticas determinaban la sensación de seguridad mucho más que cualquier conversación sobre el futuro.

Recuerdo a los adultos hablando de patatas con la misma seriedad con que hoy se habla del tipo de cambio, del precio de las viviendas o de las noticias políticas: cuánto se había plantado, cuánto se había recogido, si las heladas echarían a perder la cosecha, si se pudriría en la despensa, si alcanzaría hasta la primavera. Una buena cosecha daba una alegría real. No en sentido figurado, sino literalmente: proporcionaba a la familia varios meses de vida más tranquila. Una mala cosecha significaba que durante el invierno habría que ingeniárselas. En esas condiciones, un niño comprende muy pronto que la vida no consiste en promesas bonitas, sino en reservas concretas, decisiones concretas y acciones concretas que hay que llevar a cabo con antelación, porque después puede ser demasiado tarde.

Tener carne en la mesa no era lo habitual cada día. Si una familia comía carne una vez a la semana, ya podía considerarse señal de una situación relativamente acomodada. La gente vivía con mucha más modestia que ahora, pero a menudo ni siquiera lo llamaba pobreza, porque a su alrededor todos estaban más o menos igual. A los dieciséis años yo ya sabía perfectamente qué era el coipú y cómo se cocinaba. Hoy a algunos les parecerá algo exótico o un detalle extraño del pasado, pero entonces era una comida corriente, una de las formas de alimentar a la familia. Las mermeladas viejas tampoco se tiraban necesariamente. Podían dejarse fermentar y luego destilarse para obtener aguardiente casero. Aquel aguardiente no era solo alcohol ni solo una manera de olvidarse de todo después de una semana dura; también podía ser un bien que se intercambiaba, con el que se pagaba, que tenía un valor muy práctico en un mundo donde a menudo no había dinero alguno.

Cuando las películas actuales muestran los años noventa, suelen romantizar el lado criminal de aquella época. Chaquetas de cuero, cadenas de oro, coches negros, encuentros para ajustar cuentas, disputas entre

bandas, delincuentes de mirada dura y frases cortas. Todo aquello existió de verdad, pero para la mayoría era un trasfondo aterrador, no el centro de su vida. Las familias corrientes no se repartían fábricas, mercados ni áreas de influencia. Las familias corrientes pensaban cómo vivir el día siguiente, la semana, el mes, con qué alimentar a sus hijos, de dónde sacar dinero para zapatos, qué hacer si otra vez se retrasaba el sueldo. Mientras unos entraban con aire de protagonistas en las crónicas del crimen, millones de personas sobrevivían a diario y en silencio, sin romanticismo alguno.

La Unión Soviética desaparecía y, con ella, desaparecía el marco de referencia conocido. Personas que habían vivido durante décadas con la sensación de que el Estado, de una forma u otra, respondía por su presente y su futuro se encontraron de pronto en un mundo donde nadie garantizaba nada. Podían pasar meses sin cobrar el sueldo, medio año o incluso más. Pero seguían yendo a trabajar porque muchas veces no había otro trabajo, y la esperanza de que algún día acabaran pagándoles era más fuerte que el sentido común. Cuando en lugar de dinero les daban azúcar, jabón, levadura, conservas o cualquier otra mercancía, no lo percibían en absoluto como algo absurdo. Lo percibían como otra forma de realidad a la que había que adaptarse.

Así surgió una enorme economía popular del trueque. Uno llevaba a casa sacos de azúcar y buscaba a alguien que necesitara azúcar. Otro recibía jabón e intentaba cambiarlo por algo más útil. Un tercero tenía levadura; un cuarto, frascos; un quinto, alguna otra cosa. Las personas se convertían en mercados ambulantes, porque el dinero existía en algún lugar, en teoría, pero en la vida real a menudo no lo había. En muchos se fue formando entonces una relación particular con el dinero: si alguien lo tenía, ya se lo consideraba una persona de éxito; si tenía mucho, surgía casi automáticamente la sospecha de que no era posible ganarlo con un trabajo honrado. Aquella idea se repetía en las cocinas, en los patios, en las colas, en las conversaciones de los adultos, y el niño la absorbía con la misma naturalidad con que aprende su lengua materna.

A la pobreza se sumaba el miedo: una sensación de fondo de que el entorno no era seguro y de que había que contar, ante todo, con uno mismo. De día circulaba el transporte, las tiendas abrían y la gente iba de un lado a otro atendiendo sus asuntos. Al anochecer, los padres empezaban a buscar a sus hijos, y los niños sabían en qué patios era mejor no entrar. Los adultos hablaban de barrios y calles como si analizaran un mapa del frente. En un patio ajeno podían surgir problemas; en un barrio ajeno, aún

más, sobre todo si estabas solo y parecías tener algo que valiera la pena quitarte.

La frase del juego «la ciudad se duerme, la mafia despierta» tenía entonces un sentido casi cotidiano. En cuanto oscurecía, muchos lugares empezaban a regirse por otras reglas. Las fuerzas del orden aún eran la militsia de la época, no la policía actual, y la confianza en su protección era muy relativa. La gente sabía que, si ocurría algo de noche, nadie acudiría deprisa a hacer justicia. En la calle empezaba a mandar la ley del más fuerte. Los atracos formaban parte de la realidad, no eran una palabra de película ni una leyenda urbana. Podían quitarte el dinero, el reloj, la chaqueta, los zapatos; si llevabas ropa decente, podían dejarte casi en ropa interior. Todo aquello no ocurría en un lugar remoto, sino al lado, en los mismos barrios donde vivíamos, crecíamos, íbamos a la escuela e intentábamos hacer planes de futuro.

Muchos veían los puños americanos, los cuchillos, los aerosoles de defensa, las porras y otros medios de protección personal como una forma de aumentar sus posibilidades de volver a casa sin problemas, no como accesorios de delincuentes. Nadie quería hacerse el héroe. Nadie soñaba con poner a prueba su valentía cada noche. Simplemente, eran tiempos en los que la debilidad se convertía con demasiada frecuencia en una invitación a la agresión ajena. Incluso los coches se regían por leyes particulares. Un coche que se dejaba de noche en el patio podía amanecer sin limpiaparabrisas, sin faros, sin ruedas o sin alguna otra pieza. Los garajes se cerraban con varias cerraduras, había vigilantes custodiando los recintos y se tenían perros cerca. La seguridad no venía dada; había que construirla con las propias manos, con cerraduras, contactos, prudencia y, a veces, fuerza bruta.

En ese mundo transcurrió mi infancia. Ese mundo formó mis primeras ideas sobre el dinero, el éxito, la fuerza, la seguridad y el futuro. En un mundo así, los sueños aprendían muy deprisa a ser prácticos. Los niños podían ver anuncios, admirar coches bonitos e imaginar una vida diferente, pero la realidad los devolvía constantemente al patio, a la despensa, a las conversaciones de los adultos, a las colas, a los sueldos atrasados, a la idea de que muchas cosas de la vida estaban decididas de antemano. Si naciste en una familia corriente, si tus padres son personas corrientes, si todos a tu alrededor viven más o menos igual, resulta muy fácil creer que nunca podrás superar cierto nivel.

Tenía unos doce años cuando entró en el patio un VAZ-2108 nuevo. Hoy ese coche provoca sonrisas y nostalgia en mucha gente, pero entonces parecía el símbolo de otra realidad. No era solo un automóvil, sino la prueba de que en algún lugar existía una vida en la que las personas tenían opciones, dinero, posibilidades y cosas inaccesibles para la mayoría. Parecía rápido, bonito, moderno, casi de otro planeta. Yo estaba junto a mi padre y lo miraba con admiración: no tanto el metal, las ruedas o la forma de la carrocería como la idea misma de que algún día se podía vivir de otra manera que todos los que te rodeaban.

Le dije a mi padre que, cuando fuera mayor, me compraría uno igual sin falta. Me respondió tranquilamente, sin enfado ni burla: «Eres hijo de un chófer. Nunca tendrás un coche así». Seguimos andando. Para él, seguramente, la conversación terminó en ese mismo segundo; yo volví a ella durante años: primero con dolor, después con sensación de injusticia y más tarde como un desafío. Solo al cabo de décadas comprendí que mi padre había dicho lo que él mismo creía. Me estaba transmitiendo su visión del mundo, sin intentar conscientemente quitarme mi sueño.

Es especialmente difícil reconocer los límites que recibimos de las personas cercanas. De niños confiamos en ellas y tomamos su experiencia por un conocimiento del mundo entero. Mi padre podía enseñarme a conducir, a reparar un motor, a cambiar el aceite, a sobrevivir en las condiciones que conocía. No tenía experiencia propia en construir una empresa ni en ganar mucho dinero. Ahora entiendo por qué, desde su perspectiva, mi sueño de tener aquel coche parecía imposible.

Mi madre trabajaba sin parar y se esforzaba por subir un peldaño más. Quería demostrar que podía hacer más y que merecía algo mejor. De ella aprendí a resistirme a la pobreza, a buscar otro nivel de vida. Junto con eso, asimilé la necesidad de mostrar a los demás que vivía mejor, que había logrado algo, que merecía reconocimiento. Más adelante tuve que averiguar dónde terminaban mis deseos y dónde comenzaba el intento de demostrar algo.

Durante la infancia y la adolescencia no sabía expresarlo así. Sentía que debía ser bueno, correcto, digno, complaciente. Había que estar a la altura. No decepcionar. Hacer las cosas de modo que nadie pudiera hablar mal de ti. Desde fuera parece un conjunto de cualidades bastante noble. ¿Quién va a discutir que una persona debe ser íntegra, honrada, justa y estar dispuesta a ayudar? El problema empieza cuando todo eso deja de ser una elección y se convierte en la obligación de complacer a todos menos a uno mismo.

La escuela no hacía más que reforzar ese guion interior. Allí todo parecía sencillo y claro: los alumnos sobresalientes eran buenos; los que apenas aprobaban, un problema. Las buenas notas parecían prometer una buena vida; las malas, dificultades futuras. Los adultos repetían que había que estudiar, aprender una profesión, encontrar un trabajo normal, no hacer tonterías ni correr riesgos. Entonces sonaba lógico. Más tarde, la vida demostró que aquella lógica estaba incompleta. Muchos alumnos sobresalientes, tan admirados en la escuela, llevaron una vida de lo más corriente, y muchos de los que apenas aprobaban crearon negocios, proyectos y carreras, porque el mundo real no recompensa solo saber la respuesta correcta, sino también la capacidad de buscarse la vida, arriesgarse, llegar a acuerdos, equivocarse y volver a levantarse.

Tengo dos títulos universitarios y no he trabajado ni un solo día en ninguna de esas especialidades. Mi esposa también tiene dos títulos universitarios y su historia es parecida en muchos aspectos. La cuestión era otra: con demasiada frecuencia, la sociedad obliga a una persona a elegir a qué dedicará su vida a una edad en la que todavía no se conoce a sí misma. A los dieciocho años, muchos no saben qué quieren, quiénes son, qué les interesa, dónde están sus fortalezas y qué no les conviene. Pero a esa edad se esperan de ellos decisiones que habrán de determinar décadas de su futuro. Y si la elección no nace del conocimiento de uno mismo, sino del miedo, de la presión y de las expectativas ajenas, más adelante la persona acaba pagando con años de su vida.

Entre los dieciocho y los veinte años yo ya estaba casado y criaba a un hijo. Entonces creía que era adulto, independiente y que entendía más o menos cómo funcionaba el mundo. Hoy veo lo joven que era. Muchas decisiones las tomé sin comprenderlas a fondo: era lo que se hacía, así se daban las circunstancias, era lo que esperaba mi entorno. Parecía que la propia vida me empujaba por una ruta ya trazada: familia, trabajo, responsabilidad, carrera, estabilidad. Por fuera todo parecía correcto. Por dentro algo empezaba a resistirse, pero durante mucho tiempo aquella voz fue demasiado débil.

Los sueños también eran distintos. Rara vez empezaban con una pregunta sobre la vocación, el talento o el sentido de la vida. Lo más habitual era que un sueño tomara la forma del deseo de escapar de aquella grisura compartida. Un VAZ-21099 me parecía el coche de alguien muy acomodado. El BMW rojo de dos puertas en el que un día llegó un vecino ya no parecía solo un coche, sino la prueba de que existía una vida de un

nivel casi inalcanzable. Apartamentos, casas, capital, libertad, sistemas propios de ingresos: todo aquello era demasiado abstracto. Un coche era más fácil de entender. Podías verlo en el patio, acariciarlo con la mirada, escuchar el motor e imaginarte dentro. En un mundo donde muchos ni siquiera tenían asegurada la comida para el invierno, un coche dejaba de ser un medio de transporte para convertirse en el símbolo de la salida del papel que te habían asignado.

Al mismo tiempo, en la familia y a su alrededor se repetían constantemente dos programas contradictorios. Por un lado, el dinero era deseable, porque sin él la vida se convertía enseguida en una lucha por lo más elemental. Por otro, tener mucho dinero despertaba sospechas, envidia y miedo. Mi padre podía creer sinceramente que la riqueza casi siempre estaba ligada a algo turbio y, a la vez, ser una persona generosa, que invitaba, ayudaba, daba de comer a los amigos y repartía más de lo que podía permitirse. Mi madre podía soñar con una casa bonita, un buen coche, bienestar y reconocimiento, y al mismo tiempo mostrar que la vida a menudo se convierte en un intento interminable de demostrar a todos que no somos menos, que nosotros también podemos, que también lo merecemos. Esas fuerzas opuestas crean dentro del niño una mezcla muy compleja: el deseo de tener mucho dinero y, a la vez, el miedo a él; la aspiración al éxito y la necesidad constante de justificarse por esa aspiración.

La frase de mi padre sobre el hijo de un chófer era solo una de esas ideas, pero condensaba muy bien el espíritu de aquel entorno. Más que desprecio, contenía una frontera, como si el mundo estuviera dividido de antemano en pisos y cada cual debiera conocer el suyo. En un piso viven quienes pueden soñar con un buen coche; en otro, quienes pueden mirarlo desde fuera. Nadie te prohíbe desearlo, pero el deseo mismo parece considerarse ingenuo. Y si a un niño le explican con suficiente frecuencia cuál es su sitio, un día empieza a tomar ese mapa del mundo por el verdadero. Después tiene que dedicar años no solo a ganar dinero o alcanzar un resultado, sino también a darse permiso por dentro para querer más.

En la escuela, esa conciencia del lugar que te correspondía se afianzaba a su manera. Allí también existía una jerarquía clara: los sobresalientes, los de buenas notas, los que apenas aprobaban y los problemáticos. Cada uno parecía tener su futuro asignado. Los sobresalientes debían convertirse en personas de peso; los que apenas aprobaban, arreglárselas como pudieran.

Pero, si lo miramos con sinceridad, quienes apenas aprobaban a menudo aprendían la habilidad principal de la vida real: arreglárselas. Inventaban explicaciones, negociaban, maniobraban, buscaban caminos alternativos, unas veces fracasaban y otras salían a flote. La escuela lo llamaba mala conducta o falta de disciplina; la vida lo llamaría después flexibilidad. No estoy animando a nadie a estudiar mal. Hablo de otra cosa: no hay que confundir el modelo de éxito escolar con el de la vida. En la escuela te evalúan por dar la respuesta correcta; la vida suele comprobar si eres capaz de actuar cuando no existe ninguna respuesta correcta.

En un entorno así, ser complaciente se convierte en una forma de sobrevivir. Si no tienes fuerza ni protección, intentas ganarte la aceptación: ser bueno, útil, justo, no causar más problemas. Cuando te humillan o te presionan de niño, es fácil asociar la seguridad con pasar inadvertido: discutir menos, no irritar a los fuertes, no destacar sin necesidad. Más adelante puedes confundir esa costumbre con la buena educación. Hace mucho que la persona creció, pero por dentro aún procura que no le toque recibir los golpes.

Durante muchos años consideré que ser íntegro y ser complaciente eran casi lo mismo. Solo más tarde comprendí la enorme diferencia entre ambas cosas. La integridad es la decisión interior de no traicionar tus valores. La complacencia es la costumbre de traicionarte para no disgustar a los demás. Una persona íntegra puede decir que no. Una persona complaciente dice que sí y luego se enfada consigo misma, con los otros, con la vida y con las circunstancias. Una persona íntegra puede ayudar cuando de verdad quiere y puede. La complaciente ayuda incluso cuando todo su interior se resiste, porque teme parecer mala persona. Una vida así parece respetable desde fuera, pero por dentro va acumulando cansancio, resentimiento y la sensación de representar constantemente un papel que no has elegido.

Quizá por todo eso la pregunta «¿esta vida es realmente mía?» un día se convierte en un dolor casi físico y deja de ser una bonita fórmula filosófica. Miras atrás y no ves solo errores, sino decenas de decisiones tomadas por inercia. Te casaste porque las cosas se dieron así y era lo que tocaba. Trabajaste donde había estabilidad, porque la estabilidad parecía la principal prueba de madurez. Aguantaste a personas porque no querías conflictos. Intentaste parecer más fuerte, exitoso y seguro de lo que te sentías por dentro. Demostraste que valías algo, aunque nadie pudiera expedirte un certificado definitivo de tu valor. Un día queda claro: si sigues

igual, puedes vivir otros diez años y encontrarte otra vez en el mismo punto, más viejo, cansado y enfadado.

Después construí una carrera. Pasé de asesor de ventas a cargos directivos, trabajé como responsable y director, puse tiendas en marcha, dirigí sucursales y me ocupé del desarrollo y de la actividad comercial. Desde fuera parecía un ascenso. Muchos podían decir que lo estaba haciendo todo bien, que tenía un trabajo normal, una carrera normal, unas perspectivas normales. Pero poco a poco apareció una sensación que al principio no podía expresar con palabras: como si avanzara por un camino que no había elegido yo, como si todo aquello que se consideraba éxito, por alguna razón, no me diera ninguna sensación de libertad.

Esa sensación se hizo especialmente intensa al acercarme a una edad que entonces parecía una frontera peligrosa. En aquellos años era muy habitual ver límites de edad en las ofertas de trabajo: hasta treinta y cinco, hasta cuarenta, hasta cuarenta y cinco. Comprendía que, si un día tropezaba, si perdía mi puesto, si bajaba un peldaño, podía encontrarme con que nadie me necesitaba. Fue un momento aterrador. Eres adulto, tienes experiencia, ya has logrado algo, pero de pronto comprendes que toda tu estabilidad depende de un cargo, una tarjeta de visita y la decisión de otro de pagarte un sueldo. Basta con que eso desaparezca para que toda la estructura empiece a tambalearse.

Entonces apareció por primera vez la idea de tener un negocio propio. El cargo, la tarjeta de visita y el sueldo que me pagaba otro ya no parecían unos cimientos: una sola decisión de arriba podía reducir mi vida a cuatro regiones poco rentables y un sueldo recortado. Todavía no sabía que me esperaban una cafetería, internet y las criptomonedas. Sabía otra cosa: si no cambiaba nada, los diez años siguientes transcurrirían por el mismo pasillo.

Durante gran parte de mi vida intenté ser complaciente: con mis padres, mis amigos, mis jefes, mis socios, la sociedad. Quería seguir siendo bueno, íntegro, justo, no causar problemas ni discutir sin necesidad. Demasiadas veces medía mis decisiones por la reacción de otros. Lo pagaba con mis propios deseos: aceptaba, aguantaba, callaba y luego me enfadaba conmigo mismo.

Tardé décadas en hacerme una pregunta honesta: ¿qué vida elegiría si no tuviera miedo ni cargara con las expectativas ajenas? Aún no tengo una respuesta completa. Después de aquella conversación conmigo mismo, el guion establecido dejó de parecerme el único posible.

Sobre el autor

Alexey Logri es emprendedor, autor de «Es hora de abrir los ojos» y de varios cursos prácticos dedicados a cambiar la percepción de la realidad y de la propia vida.

Nació en la Unión Soviética y terminó la escuela a principios de los años noventa. Se hizo adulto en una época en la que las reglas conocidas de la vida cambiaban ante sus ojos, con las oportunidades y las duras consecuencias de aquellas transformaciones.

Su trayectoria incluye estudios en una escuela náutica, dos titulaciones universitarias y un recorrido profesional desde cortador de piezas para la parte superior del calzado y asesor de ventas hasta director general de una empresa nacional. Puso en marcha negocios propios: una cafetería cerca de casa, una oficina de venta de materiales de construcción y acabados, y un negocio de venta de pollo refrigerado.

Después de los cuarenta aprendió actividades nuevas para él: creación de contenido para YouTube, blogs, generación de ingresos mediante programas de afiliación y criptomonedas. Alcanzó unos ingresos elevados y acumuló un capital considerable, que perdió dos veces. Después de la primera pérdida consiguió recuperarse. Escribió «Es hora de abrir los ojos» después de la segunda, cuando tuvo que buscar de nuevo un apoyo y volver a empezar.

En sus textos y cursos analiza sus propias decisiones y errores y muestra cómo evitar repetir las partes dolorosas de su camino. Propone hacerse preguntas incómodas, a veces dolorosas, que obligan a mirar de otra manera la propia vida y la actitud ante ella.

En el libro, esa experiencia se une a reflexiones sobre la familia, los valores, la edad y la responsabilidad por las propias elecciones, especialmente cuando de tus decisiones depende la vida de quienes han confiado en ti.

Para seguir leyendo

Aquí termina la muestra.

La historia continúa en el libro completo: una carrera profesional, un negocio propio, nuevos caminos después de los cuarenta, grandes sumas de dinero, pérdidas y las decisiones que permiten empezar de nuevo.

En el canal de Telegram de LOGRI encontrarás el trabajo del autor y más información sobre el libro.

<https://t.me/LOGRI>